

á orar ó á deliberar en su nombre? ¡Economía admirable de nuestra Religión augusta, que en las puras asambleas cristianas nos fía el cumplimiento de tan importante promesa!

**11.** Todas estas altas consideraciones, empero, se refieren á Jesucristo, contemplado desde el punto de vista glorioso que posee á la diestra del Padre; mas cuando pretendemos referirlas al estado sacramental que posee en la adorable Eucaristía, ¡ah! entonces es cuando la oración privada, y más aun la oración pública, y todavía más cuando la plegaria es elevada en nombre de Jesucristo Sacramentado, recibe toda la energía y valor que el Hombre-Dios quiere y sabe dar á nuestras humildes peticiones. Desde el Sacramento está en medio de nosotros y no precisa ya que nos reunamos dos ó tres en su nombre para conseguir su dulce presencia, sino que el más pobrecito é ignorante puede, estando solo ante la Eucaristía, sentirla de cerca. Es que Jesucristo desde el Sacramento se muestra mucho más espléndido que desde el cielo, y desea que á aquella fuente nos acerquemos para percibir sus divinas influencias.

El valor de la oración pública hecha á Jesucristo nos lo patentizan las sagradas Letras y las páginas eclesiásticas. ¿Qué significa el haber sido S. Pedro milagrosamente libertado de las cadenas á influencia de la ferviente oración, hecha con este motivo por toda la Iglesia (1)? ¿Qué indica la acertada elección de S. Matías á impulsos de los ruegos de los apóstoles (2)? ¿Qué denota el triunfo completo sobre el paganismo y sobre sus propias vidas, alcanzado por S. Mauricio y compañeros mártires después que hubieron orado en común? ¿Qué publican las rogativas solemnes en tiempos de calamidades y las no menos acciones de gracias tributadas luego que aquéllas cesaron? ¿No acreditan por ventura el valor inmenso de la oración colectiva?

**12.** En ocasiones dadas, en casos necesarios, la oración privada surte el mismo efecto que la oración pública. Preguntadlo si no al gran Constantino, quien promete su con-

(1) Act. apost. XII., 5.

(2) Act. I., 26.

versión y la de su extenso imperio á Jesucristo si logra la victoria contra Majencio; y aquella cesárea majestad os responderá mostrándoos el Lábaro cristiano y el bautismo que recibiera. Preguntadlo á Sta. Mónica que, bañada en ardorosas lágrimas, ruega por la justificación de su Agustino; y esta ejemplar matrona os señalará á su hijo hecho ya cristiano, presbítero, obispo y santo. Preguntadlo á S. Gregorio, quien suplica al Excelso traslade de lugar un dilatado monte que estorbaba para la edificación de un templo; y el Taumaturgo del Oriente os indicará el templo erigido ya en el lugar solicitado. Preguntadlo á Clodoveo quien, en lo más recio de la batalla, se encomienda de veras al Dios de su esposa Clotilde, prometiéndole al mismo tiempo la conversión suya y de su reino si triunfa de sus enemigos; y aquel esforzado rey de los francos os mostrará con la mano la propagación del Evangelio en sus dominios. Preguntadlo á Fernando III, el santo quien solicita el apoyo del cielo en sus famosas excursiones contra la Medialuna; y el santo rey de Castilla os contará á Jaén, Córdoba y Sevilla como puntos principales de sus conquistas alcanzadas. Preguntadlo á santos, como Antonio de Padua, Vicente Ferrer y Francisco de Paula quienes, desde el rincón de sus celdas y puestos de pie en las plazas públicas, interceden por el remedio de todas las miserias humanas; y aquellos célebres taumaturgos, el uno de Italia, el otro de Valencia, y el último de Calabria apenas podrán contaros los enfermos sanados, los muertos resucitados, las calamidades extinguidas, los odios desaparecidos, los malvados domeñados, el vicio y el error huídos, los pueblos tranquilizados, y todo el universo obediente al imperio de sus voces. Preguntadlo, finalmente, á tantos otros humildes fieles que doblaron reverentes sus rodillas é imploraron con fe pura y humildad profunda alguna gracia del cielo á su favor; y ellos sabrán presentaros al hijo sano, á la hermana libre de la infame compañía, al negocio lícito conseguido, y tantas otras súplicas despachadas.

**13.** Mas, decidme, ¿en qué consistirá que teniendo hoy los católicos tantos negocios de trascendencia suma, cómo es

que viéndonos burlados, perseguidos, maltratados y hasta confinados, no se remedia tamaño mal, contando con tantos católicos que se dicen prácticos y que ruegan, cual es su deber, por su causa que es la causa del Catolicismo? Es que hoy la oración no surte el mismo efecto de siempre? Asegura Jesucristo que si tuviéramos fe como un solo grano de mostaza seríamos capaces de trasladar un monte de una á otra parte (1). Luego si las palabras de Jesucristo son infalibles y eternas podéis responder que el defecto no está en la oración, considerada en sí misma, sino en nosotros; en que, si es verdad que se pide, se pide sin fe, ó con poca fe, ó con fe insuficiente para lograr los apetecidos y saludables fines; en que se pide sin limpieza de conciencia, sin caridad, llenos de egoísmo: vicios terribles que ó impiden la fe formada ó la destruyen por su base; en que se pide sin reverencia, sin respeto á Dios; y claro está que cuando así se ora, sea en privado ó en público, por más que haya una exigua parte de cristianos que oren cual conviene y á quienes el Hombre-Dios Sacramentado esté dispuesto á despachar favorablemente sus peticiones, empero la inmensa mayoría, la casi totalidad, no de los católicos que blasfeman ó no se acuerdan del Altísimo, sino de los que asisten al templo á orar, sumidos en aquellos vicios, empujan hacia la Divinidad misma el brazo poderoso que se extiende sobre la Sociedad Cristiana para derramar sus favores, impidiendo de esta manera los ruegos de los santos.

Después de esta corta digresión, y para la debida confirmación de las consideraciones anteriores, es indispensable que estudiemos en último término que fuera de Jesucristo Sacramentado está sólo el caos.

### §. III.

14. Ha dicho la eterna Verdad que sin la ayuda divina, el hombre ninguna cosa puede llevar á cabo (2); y lo que pronunció el oráculo infalible, y declaró el Tridentino como

(1) Math. XVII, 19.

(2) Joan. XV, 5.

dogma de fe, lo ven patentemente á diario los que saben leer historia y tener experiencia de los sucesos mundanos. El hombre, debemos confesarlo, mal que pese al orgullo humano, nada puede sin Dios, absolutamente nada puede en ningún orden de la vida; ni en el orden de la gracia, pues sin el auxilio divino no puede dar un paso en su propia santificación; ni en el orden espiritual, pues es Dios quien le comunica parte de su misma existencia; ni tampoco en el orden físico, pues sin el espíritu que mueve la máquina humana queda la materia reducida á la inercia. Luego el hombre nada puede sin Dios, y los que, llevados de luciferina soberbia, los que cegados con su relumbrante oro, con su frágil cetro, ó con su hinchada ciencia, quisieron disputar al Excelso esta capital é indispensable prerrogativa cayeron en los errores más lamentables, en la desgracia más funesta y en el caos más espantoso.

Con efecto; nada pudieron sin Dios los enemigos más irreconciliables del Catolicismo. Todas sus locas pretensiones contra la Esposa del Cordero se desvanecieron sin ruido, como el humo; todos sus furiosos embates se estrellaron contra Ella, como se estrellan las embravecidas olas del mar contra las duras rocas de la costa; si acaso quedó algo fué como la blanca y revuelta espuma que dejan las olas al chocar contra las piedras, así los adversarios de Cristo, impotentes contra la Institución divina, pudieron legarnos tan sólo la espuma de su rabia frenética.

15. ¿Qué pudieron contra Jesucristo los príncipes, ayudados de sus ejércitos, de su poder y de su oro? Desde el inhumano Nerón á quien antes visitó la muerte que se sació de sangre cristiana, hasta el cruel Diocleciano que simuló figurarse haber acabado con el nombre del Catolicismo; desde el apóstata Juliano que, en su loco frenesí por ganar la batalla á Cristo, cayó en el campo de acción bañado en sangre, gritando: *Venciste, Galileo*, hasta el soberbio Federico que, en los tiempos medioevales, molestó cuanto pudo á la Iglesia; desde el heresiarca Enrique VIII de Inglaterra, que imaginó poder sustituir por sí mismo al Papado, hasta la

sanguinaria Isabel, que pensó exterminar á todos los católicos de sus dominios; desde el impío Napoleón, que se atrevió dirigir sus cañones al Vaticano y aprisionar al Papa, hasta los apóstatas contemporáneos que, estando sobre el timón de los Estados, se figuran que con no proteger á la Iglesia y perseguirla quedará ésta sumida en el vacío: nada pudieron contra Jesucristo. Todos ellos pasaron como pasan ligeramente las tormentas de verano, asustando un poco á los vecinos, pero nada más; y nosotros que les vemos dormir en los sepulcros sin quedar de ellos más que el polvo, y quizá nada; y nosotros que admiramos todavía en pie á la Iglesia, tan hermosa y radiante como cuando surgió de las manos de su Fundador divino, solemos repetir sin equívocos:—El hombre sin Dios no puede nada; el hombre que se revuelve contra Dios es aplastado.

**16.** ¿Qué pudieron contra Jesucristo los herejes, escudados con la ignorancia y el prurito de novedad de las masas, validos de su orgullosa ciencia, y apoyados del brazo de los príncipes? Desde el necio Simón Mago, que pretendió burlarse del Jefe de los apóstoles, hasta el cismático Arrio, que imaginó ser el dictador de las orientales muchedumbres; desde el hipócrita Focio, que soñó en la posesión de una tiara pontificia, hasta el sacrílego Lutero, que se figuró poder ahogar los gritos de su mala conciencia con la fundación de infame Reforma; desde el perverso Calvino que, cual otro voluptuoso Mahoma, se propuso introducir con el hierro y el fuego sus bestiales doctrinas, hasta el solapado Jansenio, que aparentaba gran celo por la devoción católica para mejor separar á las almas de ella; desde el revolucionario Mirabeau, que formaba en público la apoteosis de la voluntad nacional, hasta el mixtificador J. Laménais que, como un mal menor, sustentaba las cuatro libertades libertarias y defendía la tesis de la separación de la Iglesia y el Estado; desde el conspirador Proudhón, que enseñaba ser la propiedad un robo, hasta el furioso Bakounine que predicó el inhumano sistema del anarquismo: nada pudieron contra Jesucristo. Sus ideas insensatas, las más se des-

vanecieron, y las restantes acabarán de disolverse. Ellos bajaron á la negra tumba seguidos de la execración universal, que ni aún pensó en hacerles solemnes funerales; y nosotros, que contemplamos todavía en pie al Cristo, perseguido de muerte, y le vemos asomarse á la sociedad, más bello si cabe que antes, como cuando el sol se asoma en el horizonte después que pasaron las nubes que le empañaban, solemos repetir para nuestro gobierno:—El hombre sin Dios no puede nada; el hombre que se revuelve contra Dios es aplastado.

**17.** ¿Qué pudieron contra Jesucristo los pseudo-filósofos armados de una pluma que animaban frenéticos delirios? Barkokobas echó á volar la especie de que él era el Mesías enviado para libertar á Israel; mas aquel farsante, después que fué causa de la muerte de seiscientos mil israelitas, pereció ahogado por una serpiente. Miguel Servet negó en público el Misterio de la Sta. Trinidad; mas el desdichado galeno fué quemado vivo por sus mismos correligionarios. Jordano Bruno atrevióse á negar toda religión positiva; mas este práctico ateo expiró en infame cadalso. Voltaire se pasó setenta años desafiando y queriendo aplastar al Redentor; mas el padre de la impiedad, abandonado en sus últimos momentos de Dios y de los hombres, murió entre la rabia de sus imprecaciones y el espanto de sus ahullidos. Robespierre demolió las iglesias, asesinó sacerdotes y religiosas y paisanos; mas este revolucionario acabó por ser guillotinado entre los vítores del pueblo francés, que se alegraba de su muerte. Es que, asimismo, los pseudo-filósofos nada pudieron contra Jesucristo; y nosotros, que nos reímos todavía de sus locas amenazas, al ver que de su obra nada ó poco queda, mientras que subsiste erguida la Obra del Salvador, solemos decirnos mutuamente:—El hombre sin Dios no puede nada; el hombre que se revuelve contra Dios es aplastado.

**18.** ¿Qué es lo que puede el cristiano que no cuenta con Dios? Ahí tenéis al cristiano criminal, al cristiano indiferente, al cristiano dormido. Aquél vive muy lejos de su profesión de católico, entregado á los placeres y á sus ilícitos

negocios; ése, lo mismo reza que blasfema, lo mismo alarga una limosna que comete viles usuras; éste cree y desea la prosperidad de la Religión y la extirpación de los vicios y errores; pero, acostumbrado á no hacer nada en cuanto á la Causa Católica, obra como si esta Causa no existiera, relegando un asunto, que es de la incumbencia general, á sólo los Ministros de la Iglesia. Ninguno de los cristianos mencionados puede adelantar un paso en la virtud cristiana ni cumplir con lo más elemental de sus deberes. Quieren vivir sin Dios, ó alejados de Él; y nada pueden en orden á su salvación, pues de Dios se olvidan ó para nada cuentan con Él. Se perderán, como no cambien de conducta. ¡Ah! la impotencia es la funesta desesperación del soberbio, que pretende obrar independientemente del Altísimo. Es que fuera de Jesucristo sólo está el vacío, sólo está el caos.

19. Al resumir, puedo hacer constar que Jesucristo Sacramentado, el Dios-Hombre que nos ilustra y nos concede vitales energías desde la santa Hostia, es el todo del cristiano; 1.º por ser el Hombre-Dios, por hallarse en Él todas las delicias y la felicidad suprema. 2.º porque en Jesucristo Sacramentado se sobrellevan admirablemente las adversidades, las penas, las enfermedades, las persecuciones, los tormentos y la misma muerte. 3.º porque por medio de Jesucristo Sacramentado podemos conseguir cuanto pidamos al Padre y convenga á nuestra salvación, y 4.º porque fuera de Jesucristo Sacramentado no hay más que la ignominia y el caos, pues nada pudieron contra el Hijo de Dios sus implacables enemigos.

Y, antes de dar feliz término á este asunto no estará de más que llame al corazón del católico para decirle que, puesto que ha leído los conceptos precedentes, procure buscar en la Divina Eucaristía todo su bien; y no se olvide nunca de llamarla en sus angustias, de requerirla en sus enfermedades, de recibirla en la mansión de su espíritu, seguro de que, si así lo practica, conocerá por experiencia propia que *en Jesucristo Sacramentado se halla todo cuanto puede apetecer el cristiano.*

## EJEMPLO

Junto á Marsella hubo un conde muy devoto del Sacramento Santísimo. En obsequio suyo oía cada día cuantas Misas podía y comulgaba todas las semanas. Llegó el trance de la muerte y, dispuestas que tuvo todas sus cosas temporales, luego de haber confesado bien, sentía en el alma que por causa de los vómitos no podía recibir á aquel Señor que durante toda su vida había sido y era su Dios, su consuelo, su alegría, su padre y maestro y esposo de su alma. En Jesucristo Sacramentado tenía cifradas todas sus esperanzas, por cuya razón crecían sus angustias á medida que se acercaba la muerte y no le era posible comulgar.—Por lo menos, dijo al sacerdote, hacedme el favor de traerme el Santísimo Sacramento, para que yo le vea y le adore.—Concedido el obsequio, instó al ministro de Dios hiciese con la Santa Hostia una cruz sobre su pecho, que para el efecto tenía descubierto ¡Oh grandeza de la piedad de este Señor Sacramentado, cómo consuela á los que esperan en Él y á nadie desprecia de los que en Él confían! Al momento la Hostia consagrada sálese de las manos del sacerdote, éntrase en el pecho del doliente, milagrosamente abierto, y colócase sobre el corazón. El alma del conde se halla anegada en un mar de inefables consuelos. Poco después, y á la vista de los circunstantes, la Divina Hostia regresa ella misma á las manos del eclesiástico, mientras que el paciente, bañado en santa alegría, expira plácidamente en el Señor. *Card. Belarmino; Declaración de la Doct. Cristiana.*